

# El cardenal-infante don Fernando de Austria

EVOCACIÓN MILITAR DE UNA GRAN FIGURA HISTÓRICA

por

Rogelio Puig

1634... Trece años lleva rigiendo los destinos de España la inconsciente majestad de Felipe IV. La corte es nido de intrigas y frivolidades. El omnipotente valido don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, maneja a su antojo la débil personalidad del monarca. Tenebreces y sombras, cada vez más densas y amenazadoras, se ciernen sobre la nación. La hacienda, exhausta; las costumbres, licenciosas; hambres y calamidades depauperan al pueblo sin industria, con el comercio amenazado en sus rutas por enemigos y piratas: España se desangra.

Acaba de morir la infanta Isabel Clara Eugenia, gobernadora de los Países Bajos. Desde hace tiempo, sus ejércitos combaten contra los holandeses. Al terminar la tregua de los doce años, coincidente con el advenimiento al trono de Felipe IV, la familia Nassau rompió nuevamente las hostilidades con España. Muerto Mauricio, su hermano, Federico Enrique, tomó el mando de las tropas. El gran Spínola las batió en Breda y en otros lugares. Su marcha a Italia para luchar en la Valtelina fué nefasta para la causa de España, y en estos territorios le sucedió el conde de Berghes, que no reunía condiciones de general; después, el marqués de Santa Cruz, buen marino pero mal soldado.

El suelo de Flandes tiembla bajo la planta del marqués de Aytona, que ejerce el mando desde la muerte de la infanta gobernadora. Otra vez estas regiones han pasado a depender en absoluto de la corona de España. Los inquietos flamencos se agitan en manejos y conspiraciones. Richelieu las fomenta, y los holandeses, con su victoria, incitan a rebelarse a los más remisos.

Olivares, dándose cuenta de que todo se tambalea, intenta pactar con Federico Enrique. Este plan lo deshace el maquiavélico cardenal francés.

mediante un formal convenio por el que se obliga a entregar a los holandeses 300.000 libras y a mantener un cuerpo de tropas al servicio de la República.

Sigue en Italia el ejército que llevó Spínola de Flandes. Ha luchado contra el francés en dos campañas: la de la Valtelina y la de Monferrato. Su general ha muerto; dicen que de pena al saber que su hijo no supo defender un puente. Hasta tanto llegaba la idea del deber que tenía el conquistador de Breda. Las campañas han sido duras, y los Tercios están mermados, pero todavía fuertes de espíritu y ansiosos de volver a la lucha. Entre tanta ruina, esta gloriosa infantería es lo único sano que le va quedando a España.

La muerte de Gustavo Adolfo de Suecia, en la batalla de Lutzen, ha dado fin al período sueco de la guerra de los Treinta años. La que ha de seguir, será la fase francesa de esta larga contienda. Su carácter no será religioso. Francia hará que el clima en que se desarrolle sea marcadamente político. Se verá la extraña paradoja de un rey y un ministro, que combaten a los herejes en el interior de su país, aliarse con protestantes para derrumbar una nación y una dinastía eminentemente católicas.

Olivares, con todos sus defectos, es un hombre inteligente. Capta con exactitud la gravedad de la situación y comprende que su grandeza está unida a la de España. Se da cuenta de que la pérdida de Flandes sería el principio del fin. Si así ocurriese, Francia tendría las manos libres para invadir España. La guerra de Alemania la perderían rápidamente los imperiales, y los Estados de Italia aprovecharían tal ocasión para recobrar la independencia.

Ante estas inquietudes, el poderoso valido mira con angustia a su alrededor, para ver de encontrar al hombre que pueda sostener la supremacía de España en las revueltas provincias. Se necesita un gobernante de calidad, noble, austero, militar, político, caballeresco y valiente. Todas las figuras que observa son de una opacidad manifiesta. Los genios militares van desapareciendo en este siglo. Algunos buenos generales que aun quedan son extranjeros; aventureros, mercenarios, que a costa de valor han llegado a escalar las más altas jerarquías de la milicia. Políticos de alta condición no existen; los ha anulado Guzmán con su acción absorbente.

Por fin, el favorito se fija en la única figura de la corte que tiene fulgor propio. La que por su acusada personalidad puede deslumbrar entre tanta niebla. Es el infante don Fernando de Austria, hermano del rey y cardenal-arzobispo desde los diez años, por graciosa concesión a la católica majestad de Felipe III el Piadoso, del papa Paulo V.

Desde su pubertad, el cardenal-infante demostró aficiones bélicas. Su ánimo se inclinó siempre más a los ruidos del siglo, a las glorias y a los estruendos de la guerra, que a la cómoda y tranquila administración de su sede apos-

tólica. Es militar por intuición. Ha heredado la acometividad de Carlos I y el valor y la arrogancia de don Juan de Austria. En su educación no han entrado para nada las disciplinas castrenses. Su único maestro, el conde de Humanes, no intentó sacar de él ni un príncipe ni un general; a pesar de ello, por la misteriosa ley del atavismo, es las dos cosas.

Es mozo de grandes alientos, porte gallardo y ánimo sereno y prudente. Con estas condiciones, no podía estar de acuerdo con la política que Olivares seguía en su patria. Comprendía que España iba a la ruina, y en más de una ocasión intentó hacer reaccionar la voluntad de su débil hermano. Guzmán, receloso, le alejó de la corte nombrándole virrey de Cataluña. Durante su mandato, esta provincia estuvo en calma, logrando en ella una gran influencia y prestigio. Alarmado el valido, le hizo volver, intenta anular su personalidad y le nombra gobernador general y jefe del ejército de Flandes.

Los Tercios viejos son revistados en Italia por su nuevo capitán general. Oficiales y soldados admiran la gentil apostura del nuevo jefe. Comprenden que tiene más de capitán que de clérigo. Por ello, otra vez su espíritu se inflama con la sed de nuevas aventuras y emprenden gozosos la marcha hacia Flandes detrás de su nuevo caudillo.

No ha traspasado aún el ejército las fronteras de Italia, cuando el cardenal-infante recibe aviso de Fernando II, rey de Hungría, solicitando su auxilio para ayudarle en la empresa de conquistar Nordlingen, cercada por sus tropas. No duda el ilustre purpurado en atender esta demanda. Está ansioso de laureles e inquieto por demostrar a sus tropas sus condiciones militares.

Avanza por el Tirol y Baviera; cruza el Danubio, en Donauwerte, y se presenta ante la plaza, que resiste heroicamente los ataques de Baviera y Lorena. Toma el mando de todo el ejército y empieza a dictar acertadas disposiciones. A los tres días —el 15 de septiembre—, acuden en socorro de los sitiados los disciplinados suecos, que al mando del discípulo predilecto de Gustavo Adolfo, Bernardo de Weimar, intentan obligar a los imperiales a levantar el sitio de la plaza.

La batalla duró dos días. Los suecos son derrotados ampliamente. Fernando de Austria se revela como un gran táctico al elegir una posición llave que domina el terreno, desde el cual sus tropas baten al enemigo hasta aniquilarlo. La fortificación de esta colina, clave del éxito, se debió a la ciencia poliorcética del jesuita Padre Camasa, profesor de táctica en los estudios de San Isidoro de Madrid. Doce mil cadáveres, 80 cañones, 4.000 furgones y 300 banderas son las pérdidas de los suecos. Horn y tres generales protestantes caen prisioneros; tal es el resultado de la batalla del Nordlingen en la que el general infante obtiene su primero y gran triunfo.

Bruselas, 4 de diciembre de 1634. La ciudad, vestida con sus mejores

galas, se apresta a recibir al vencedor. Sobre un fogoso caballo, con talarbarte bordado y recamado de diamantes, tocado con sombrero adornado con una pluma blanca y roja, esmaltado de oro el vestido, el cardenal-infante hace su solemne aparición, seguido de un lucido cortejo. La multitud hierve de entusiasmo. Como siempre, la victoria ha tenido la virtud de imponerse a las traiciones y a los devaneos políticos.

La derrota de los suecos ha causado gran sensación en toda Europa. Francia ha comprendido que, en lo sucesivo, no ha de bastar, para realizar sus planes, la política de atizar el fuego interno, que ha corroído por mucho tiempo la seguridad de las provincias. El suelo de Flandes está ahora firme. Lo tiene bajo su planta un gran gobernante que, a la vez, es un general valeroso y enérgico. Richelieu sabe que ha llegado el momento de arrostrar toda clase de peligros para poder realizar sus planes.

El Episcopado de Tréveris, en el que los españoles reducen a prisión al gran traidor, el electo Felipe Cristóbal Soettern, sirve a Francia de pretexto para declarar la guerra a España. Un heraldo hace saber al cardenal-infante la actitud bélica de Luis XIII; Fernando de Austria acepta el reto y empieza a dictar órdenes. Richelieu actúa, por su parte, en igual forma. Dos cardenales de la Iglesia católica se han de ver al frente de grandes ejércitos, que lucharán en el vasto teatro de guerra, que ha de comprender casi la totalidad de Europa.

El mundo asiste con expectación al prólogo de este terrible drama. Nunca se hicieron preparativos militares como los que Francia ha organizado para atacar a España. Comenzada la guerra, se combate con dureza en el Luxemburgo, en el Rin, en Lombardía y en la Valtelina. Los mejores mariscales franceses conducen personalmente sus tropas a la lucha. Pasados muchos años, un escritor alemán ha de criticar al cardenal Richelieu por haber disminuido sus ejércitos, atacando por varios sitios a la vez. A este fraccionamiento atribuía el tratadista germano el poco resultado de esta campaña. Richelieu actúa hábilmente. Sus ejércitos en todos los frentes son numerosos, y sus jefes, capaces y acreditados. Su intención es cortar las comunicaciones entre los ejércitos imperiales y españoles y las de éstos entre sí. Si no obtiene el resultado apetecido, se debe a las altas aptitudes castrenses del cardenal-infante. Cuando un general tiene muchos medios, cuenta con auxilios y sus tropas son excelentes, el triunfo es fácil.

Cuando se encuentra aislado, con pocos recursos, sin esperanzas de socorro, con tropas exhaustas por la continuidad de las campañas y se ve atacado por todos lados, si se sostiene, demuestra poseer unas grandes dosis de serenidad, valor y habilidad estratégica y táctica, que son, al fin y al cabo, las condiciones para calificar a un caudillo de gran figura militar.

En esta campaña, Fernando de Austria se ha de poner a la altura de los grandes capitanes de la Historia. Ante el ataque inminente de los mariscales Breze y Chantillón, que, partiendo de Muzieres, se dirigen a la frontera de Luxemburgo, divide su ejército de Flandes en dos. Diez mil hombres, mandados por el príncipe Tomás de Saboya, harán frente a los treinta mil de los mariscales franceses. El resto, a sus inmediatas órdenes, contendrá a los holandeses de Nassau.

La derrota de Avein, en la que las tropas de Saboya son aniquiladas, permite a los holandeses y franceses unirse en Maestricht. Cincuenta y cuatro mil combatientes invaden el Brabante. En este momento parece todo perdido para el cardenal y para España. Así lo cree Richelieu y el mundo entero. No han contado con los Tercios viejos, que al sentirse bien mandados, sacan fuerzas de flaqueza, aguantan las embestidas del enemigo y, con hábiles maniobras, le obligan a pasar del ataque a la defensiva.

Es aquí cuando el cardenal-infante demuestra su excelente clase de general. Conserva la serenidad y no se inquieta por la pérdida de algunas plazas. Conoce exactamente la psicología del enemigo y la de los habitantes de las comarcas en que opera. Sabe que éstos se convertirán en aliados suyos, al sentirse heridos en su dignidad por los atropellos de la soldadesca francesa. No desgasta sus tropas y deja que el tiempo se convierta en feroz enemigo del invasor.

En los demás frentes, Richelieu tampoco consigue grandes triunfos: todos sus planes se vienen abajo, ante la resistencia de los imperiales y de los españoles. Desesperado el cardenal francés, decide emplearse a fondo. Ordena al príncipe de Condé ataque al Franco-Condado con un ejército de 26.000 hombres. Su propósito es envolver al ejército español por el sur.

No le intimida esta acción a Fernando de Austria. Por el contrario, su gran genio militar le induce a realizar algo verdaderamente atrevido. Contestó a un ataque con otro. En julio de 1636, el príncipe Tomás de Saboya irrumpe en la Picardía al frente de 15.000 infantes, 17.000 caballos y 30 piezas de artillería gruesa.

Con toda facilidad avanzan estas tropas hasta llegar a las inmediaciones de París.

La alarma de Francia es enorme. Fernando, con gran habilidad estratégica, se retiró después de haber conseguido su objetivo. Este no ha sido otro que el de paralizar la acción del cardenal francés, en la que cifraba tan halagüeñas esperanzas.

El cardenal-infante sigue luchando en Flandes durante varios años, manteniendo a raya a sus más poderosos enemigos. La muerte, que nada respeta, ha de acabar, prematuramente, con este gran general. El 9 de noviembre

de 1641, moría Fernando de Austria a la edad de treinta y dos años, después de haber prestado a España servicios inestimables.

De él dirá un gran escritor: «Príncipe adornado de las más altas dotes militares y políticas, fué tanto más digno de ser llorado, en cuanto mayor falta hacían a la Patria hombres de su valía. El contraste que ofrece este descendiente del gran emperador, con el que regía los destinos de España, y el que, de hecho, la gobernaba, es por todo extremo lastimoso. Privilegio de los hombres eminentes, a quienes el destino hace brillar en épocas calamitosas. Como las altas cumbres, se engrandecen y subliman al destacar sobre la niebla del abismo».

